

La política y el centenario

NO HAY POR QUE OCULTARLO. Al contrario: es lo que debe aclararse. Lo de América y su descubrimiento conlleva dos revoluciones, una geográfica y otra política. La nueva geografía cambia los fundamentos de la ciencia y por esta novedad se inicia la Edad Moderna: la de la Tierra esférica que gira alrededor del sol. El nuevo panorama político no es menos radical. Europa, que solo se había movido dentro de los límites continentales y sus más cercanos contornos, ve la posibilidad de formar un Nuevo Mundo, cruza masivamente el Atlántico y rompe su unidad familiar.

El emigrante, en cinco siglos, llena espacios varias veces mayores que el de su historia tradicional, de siglos. Los que se vienen lo hacen para no regresar. Con el tiempo se forman dos Europas: la de los que se vienen y la de los que se quedan. Jamás se verá otro cambio más radical. Los que se quedan siguen con sus monarquías y sus reyes y sus sueños imperiales, y los que se vienen, dejando allá las coronas, sin traer al Nuevo Mundo una sola familia en que puede surgir el tronco de una cría de reyes, tienen que inventar la democracia.

Al cumplirse los 500 años del gran vuelco social, lo que toca no es celebrar el desembarco, sino hacer el balance de lo que han hecho los emigrantes y sus hijos. No hay otro caso semejante. Ni se registra fecha más comprometedor. Cuando he dicho que el logotipo de la comisión española del Centenario equivocó el sentido de la fecha, me apoyé en que poner una corona sobre 500 años altera la sustancia. Corona tuvimos en la América de los españoles emigrados por 300 años. Los 200 que siguen ya son del gorrro frigio. La Conquista, la Colonia, el imperio español explican el gobierno que se derrumbó en Ayacucho en 1824. De ahí en adelante viene esa lenta y continua marcha hacia el gobierno de los pueblos por ellos mismos, lucha en la cual han continuado vivos los aportes de los mismos españoles que, instalada la república, la han visto desde allá como algo más promisorio que el régimen del imperio en América.

Jamás, en la época colonial, se registró una emigración masiva de españoles como a partir de 1830. Lo muestra, con abundancia de cifras, Sánchez Albornoz en un libro publicado en Madrid el año pasado. Y cuando el rey Juan Carlos, lo mismo en España que en sus visitas a América, rinde sinceros homenajes a la memoria de Simón Bolívar, está diciendo que siente orgullo de los hijos de españoles que consagraron sus vidas a la liberación. Es así como se reconoce la obra de quienes lo que trajeron en sus equipajes

no fue horca ni cuchillo sino el más arraigado sentimiento de libertad que, quijotesca, comunicaba el caballero de la Mancha a su escudero: “Por la libertad como por la honra, Sancho, se puede entregar todo, hasta la vida”. El apretar el significado del centenario a cantar la Conquista y la Colonia y el Imperio es poner el peso muerto de una realidad superada hace 200 años, donde lo que cabe es poner el resorte de la vida republicana como explicación política de la existencia de América, continente de la liberación universal. Lo español no es sino un ejemplo, admirable y el primero, de la emancipación de los españoles que emigraron al Nuevo Mundo.

Pero este caso singular hay que verlo como se repite y sigue repitiéndose en las demás naciones. Los peregrinos del Mayflower no hicieron sino repetir la audacia de los humildes que se embarcaron con Colón en 1493. Y éste de los ingleses hay que verlo en los polacos perseguidos que, como los húngaros y los escandinavos o los judíos se juegan la vida por encontrar un barco que los traiga a Nueva York, o a Buenos Aires. La fiesta de la liberación pueden —y deben— celebrarla todas las colonias que a lo largo de cinco siglos han venido a instalarse desde Punta Arenas y Buenos Aires y Río de Janeiro, hasta México, Nueva York, Montreal...

Para decirlo en pocas palabras, el mapa geográfico que tarda más de medio siglo en hacerse, muestra el teatro en que va a representarse el drama político en el cual se enfrentará la obra tradicional de las monarquías al insurgente ideal de la democracia republicana. Se juntaron los pedazos de las culturas precolombinas, que eran en el hemisferio occidental un archipiélago, y sobre sus ruinas —la obra de la Conquista— fue formándose el Nuevo Mundo, en que todo en el principio fue caos y pasadizos subterráneos, para definirse como la tierra de la esperanza y el futuro.

Germán Arciniégas.